

¡QUE ALGUIEN ME SAQUE DE AQUÍ!

IRIS T. HERNÁNDEZ



Índice

- Portada
- Sinopsis
- Portadilla
- Cita
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27. Campos
Capítulo 28. Adriana
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

Soy de las pocas personas de este mundo que se ha enamorado infinitas veces, al igual que he perdido la cuenta de las ocasiones en las que he creído encontrar al hombre de mis sueños, a mi futuro marido, o como sea que se deba llamar a esa persona que te acelera el corazón nada más verlo. ¡Si es que soy demasiado débil! Con los chascos que me he llevado, en vez de aprender y ser más selectiva, voy de mal en peor. No tengo remedio.

Aunque no todos mis ligues son un desastre. Él no lo es. Lo llaman Campos y es el hombre perfecto; uno de esos tan atractivos y exóticos que resulta casi imposible de encontrar.

¿Pero creéis que todo son arcoíris y unicornios? Pues no, Campos llegó para poner mi vida patas arriba y volverme loca; loca por él, loca por desesperación y loca por creer que no llegaría a ser el hombre de mis sueños.

¡QUE ALGUIEN ME SAQUE DE AQUÍ!

Iris T. Hernández

zafiro 

Aunque en algún momento te parezca imposible, sonríe; esta vida es muy corta para estar tristes.

Capítulo 1

—¡Diossssss! —Ahogo el grito y me cubro corriendo.

No puedo creer que esté desnuda en la habitación de un hotel. Bueno, no es que no haya soñado con que pasara en algún momento, pero no de este modo... No recuerdo nada y esto no me gusta.

Miro a mi alrededor y me destapo, no parece haber nadie. Bien... o mal: no sé qué es más triste, si haberme acostado con cualquiera o que éste se haya largado tan panchito. Todos sabemos que la segunda opción es la más deprimente y, para mi desgracia, la que va ganando por ahora.

Con la sábana cubriendo mis pequeñas tetillas, cubro la cabeza en el baño para comprobar que efectivamente estoy sola, y respiro aliviada al ver que no hay nada más que los *amenities* —¡qué preciosidad, los quiero!—, los cuales reviso atenta, ya que son muy elegantes. Gajes del oficio, no puedo evitarlo.

Cuando estoy frente a la cama, descubro que en la habitación hay un balcón y que la puerta corredera del mismo está abierta. Sin pensarlo un segundo, camino de puntillas hacia el exterior hasta que el viento me despeina. Un poco más, total, como si ya de por sí no tuviera pelos de loca... Cierro los ojos con fuerza —no sé si molesta por no haber encontrado a nadie o reconfortada por no tener que enfrentarme a lo que hice la noche anterior— y me doy media

vuelta, dejando la sábana en el suelo sin ningún miramiento.

—Esto sólo te pasa a ti —me digo en voz alta, rompiendo en una carcajada absurda. Sin dejar de reírme y paseando desnuda por la estancia, abro el armario por si se hubiera escondido alguien ahí, quién sabe. Al final termino riendo todavía más escandalosamente por lo estúpida que puedo llegar a ser y me dejo caer sobre el colchón, mirando el techo blanco impoluto.

—¡Espera!

Vuelvo a ponerme rápidamente de pie cuando una absurda idea pasa por mi cabeza. Porque no puede ser posible, ¿no?

—¡No, no, no, no, nooooooooo! —grito cerrando los ojos con todas mis fuerzas al tiempo que me lanzo al suelo y miro debajo de la cama, pero, por no haber, no hay ni una mota de polvo. Aún tumbada boca abajo sobre la alfombra, me tapo los ojos y no lloro porque... No sé el porqué.

—¿Dónde está mi ropa? ¿¡Esto es de coña, no!?! Ahora salís todos con la cámara oculta y os reís en mi cara.

Pero no, no aparece nadie. Las prendas que llevaba ayer no están por ningún rincón de la lujosa estancia. Reviso cien veces los mismos lugares, pero ni rastro. Veo que sobre el mueble hay una botella de cristal con zumo y unas tostadas, junto a una nota. Me acerco a toda prisa para leerla y me quedo petrificada.

Ha sido un placer. Hasta otra. B.

—¿B.? ¿Quién narices es B.? —Mi mente no deja de buscar nombres que empiecen por esa letra y no me sale otro que... — ¿¡Bartolo!?! —Río—. Sólo yo soy capaz de acostarme con un Bartolo. —Vuelvo a burlarme de mí mis-

ma, hasta que pienso en cómo demonios me voy a ir de aquí.

Me acerco a mi bolso, que descansa sobre un sillón, y rezo para que mi móvil tenga batería. Cuando logro sacarlo, compruebo que le queda un trece por ciento. Suficiente.

—¿¡Dónde te has metido!?! —me chilla nada más descolgar—. ¿Sabes qué hora es?

La verdad es que no me ha dado tiempo de pensar en ello.

—Lo sé; te necesito, es muy urgente —contesto con voz de niña buena para que acceda a echarme un cable, porque, si no, no sé qué voy a hacer. Salir enrollada con la sábana no es un buen plan—. Porfi, Maya, no me puedes fallar; te prometo que es la última vez que te pido algo.

—Pero ¿qué quieres?

—Tráeme ropa.

—¿Qué has hecho con la tuya? —inquiere extrañada; sin embargo, no puedo responder porque no sé dónde la he dejado, si no, no estaría llamándola a la desesperada—. Adri, te he hecho una pregunta... —interrumpe mis cavilaciones respecto a lo que temo responder.

—Es una larga historia, tu ven a... —me quedo pensativa, porque tampoco sé dónde cuernos estoy, hasta que me giro hacia la bandeja del desayuno y veo el nombre del hotel en una servilleta de papel... al hotel de anoche —acabo diciendo.

—¿Habitación? —Noto la desgana en sus palabras, y es que seguro que está con Willy... Pedro, quiero decir—. Adriana, te estás demorando y cuelgo a la de uno, dos...

—Espera, joder, que no lo sé.

Oigo un resoplido a través de la línea de teléfono y, tras dar una vuelta sobre mí misma y seguir sin saber el número de habitación, no tengo otra que volver a taparme con la sábana y abrir la puerta.

—Hola... —Mi saludo se apaga al cerrar la puerta y dar-me cuenta de que he dejado a dos mujeres de la limpieza con la boca abierta.

—Adri, no tengo todo el día.

—Qué estúpida estás de buena mañana, yo pensé que anoche Will... —reacciono a tiempo y rectifico para llamarlo por su nombre antes de que se cabreé más—... Pedro te haría volar. —Enmudezco la risa, y sé que mi bromita resulta ya muy repetitiva y carece de originalidad, pero es que no puedo evitarlo. Tarareo para mis adentros la canción de la abeja Maya.

—A que te lleva la ropa tu santa madre —me advierte, molesta.

—No, no, habitación... frente a la trescientos veintiocho —digo haciendo un esfuerzo de memoria fotográfica... y veo la cara de las pobres camareras de piso y justo encima de ellas el número de la habitación de delante, no tiene pérdida.

—Ok, dame quince minutos.

Creo que oír esta frase me ha aliviado por completo, mis nervios desaparecen de repente.

—Tráeme de todo.

—¿Todo, todo?

Se le escapa la risa, y otra vez soy yo la que me siento abochornada por tener que reconocerlo.

—Sí.

Oigo una gran carcajada justo antes de que me cuelgue y me quede sin saber qué hacer. Al menos una cosa tengo

clara, y es que no limpiarán la habitación inmediatamente. Se me escapa una sonrisa y me tapo los ojos, negando al mismo tiempo.

Un cuarto de hora, ha dicho, pero ése es el tiempo que he tardado en devorar el desayuno que tenía preparado; luego me he duchado y me he enfundado en el albornoz que, para mi fortuna, había colgado en el baño. Y Maya no ha venido; espero y deseo que no se lo haya replanteado y me deje tirada en esta habitación, que ya he mirado cien mil veces para luego imaginarme mi hotel decorado del mismo modo que éste. En cuanto llegue, voy a hacer muchos cambios; mi padre va a temblar cuando le explique todo lo que tengo pensado remodelar.

Llaman a la puerta y pregunto quién es, pero nadie responde. Me aterra abrir y que no sea ella, me moriría de la vergüenza. Vuelven a llamar y una vez más pregunto.

—¿Sí? —Creo que nunca había tenido una vocecilla tan aguda como la que tengo ahora mismo.

—¿Quieres abrir ya?

Es Maya, ¡bien!

Abro la puerta y la dejo pasar escondiéndome detrás, así que camina por delante de mí hasta dejar sobre la cama mis maletas. Me deshago el nudo del albornoz y su grito me hace taparme de nuevo a toda prisa.

—Pero ¿qué haces desnuda? —suelta de repente al girarse como si no se lo hubiera dicho ya, pero supongo que no es lo mismo decirlo que verme de esta guisa.

—¿Y yo qué sé? —confieso sentándome sobre el colchón e introduciendo después la combinación del candado

de mi maleta para poder desbloquearla y vestirme de una vez.

—Entonces, ¿anoche? ¿Sí?

Abre los ojos como platos, pero yo no siento la misma alegría que ella; si al menos supiera lo que hice...

—Dímelo tú, yo no me acuerdo de nada.

Cojo ropa interior, unos vaqueros oscuros y una camiseta de tirantes que me gusta mucho y me arregla bastante, pues debo ir a ver a mi madre y su maldita cata de cavas.

—¿Al menos habrás utilizado...? —Mi boca se abre de par en par conforme emite sus palabras y corro hasta el baño y reviso la basura, para emitir de inmediato un gemido placentero al ver el asqueroso preservativo perfectamente anudado dentro de ésta—. Menos mal, guapita de cara. Porque cuando yo me fui estabas en la barra bebiendo sola, no quisiste venir.

—¿Y me dejaste sola?

—Pues claro, tenía planes. —Ya sé que los tenía, ella sí que tiene novio. Pedro la quiere y se desvive por ella. ¿Por qué yo no puedo tener a alguien así? Suspiro, apenada—. Cámbiate rápido, que te llevo a la cata ya o no llegarás a tiempo.

—Pero para hoy también tenías planes... —No quiero que pierda el día por mi culpa, no me lo perdonaría.

—No tengo todo el día, corre.

Una vez vestida y peinada, me miro al espejo y suspiro aliviada. Puedo salir con la cabeza bien alta, como si no hubiera ocurrido nada esta pasada noche.

—¿Así que B.? —Mueve la tarjeta entre sus dedos, curiosa, y se la arrebató y me la meto en el bolsillo trasero de los vaqueros justo antes de decir:

—¿B. de Bartolo? —le pregunto mirándola fijamente y rompiendo las dos a reír en una carcajada escandalosa.

—¿El cabeza bolo? —Apenas puede responder por la risa que le acaba de entrar—. Eso es peor que la abeja Maya.

Me río y niego mientras lloro de la risa.

—Madre mía, Maya, ¡vaya forma de despedirme de la ciudad!

—Por todo lo alto, como se debe hacer. No te preocupes, que dudo que vuelvas a ver a Bartolo. —Se ríe de nuevo como una loca y le tiro una de las almohadas a la cabeza, acallando su risa. Luego recojo todos mis enseres para desaparecer de este maldito hotel de una vez.

Cierro la puerta de la habitación y camino al lado de mi amiga por el largo y lujoso pasillo, cada una arrastrando una de mis maletas, que se deben ir directas al maletero del coche; más tarde las facturaré, en el aeropuerto, dirección a Lanzarote. Al fin vuelvo a mi isla, y ahora preparada para cumplir mi sueño.

—¡Adri, tía! —Se detiene de repente y miro hacia donde ella lo está haciendo... para descubrir mi camiseta flotando en la superficie de la piscina; la observo con la boca abierta y ella ríe—. Pero ¿qué llegaste a hacer?

Mi falda, mi sujetador, mi tanga... todo está ahí como si nada, y por más que intente recordarlo, no consigo hacerlo. Veo que se acerca uno de los empleados del hotel y, ayudándose con un largo palo, se dispone a pescar uno de mis tacones.

—¡Mis Manolos! —grito incapaz de evitarlo, sin importarme que los huéspedes que hay a mi alrededor me miren, al igual que Maya, que sigue tronchándose de la risa. Le parecerá divertido a ella, porque yo estoy a punto de llorar;